

¿Crisis del Imperio romano? Desmontando un tópico historiográfico

Crisis in the Roman Empire? Deconstructing a historiographical topic

Gonzalo Bravo
Universidad Complutense de Madrid

Fecha de recepción: 17.01.2013
Fecha de aceptación: 06.05.2013

RESUMEN

El principal objetivo de este estudio es revisar el tópico historiográfico sobre la crisis del Imperio romano como sistema, la que afectó solamente a algunas épocas del mismo (siglo III o Bajo Imperio) e incluso una crisis regional (Oriente u Occidente). Para ello sería preciso, primero, responder a tres cuestiones básicas: definición del concepto, dimensión espacio-temporal y materialización de la crisis. Después, será preciso releer las fuentes disponibles, reinterpretar los testimonios, pero también revisar las teorías modernas, si se pretende dar una respuesta adecuada al problema. Incluso así, la cuestión no quedaría resuelta, porque obviamente en la solución de un problema tan complejo intervienen otros muchos elementos. No obstante, la historiografía reciente ha vuelto sobre la cuestión desde nuevas perspectivas y con nuevas propuestas también, algunas de las cuales son analizadas aquí: las alternativas a la crisis, el cambio de paradigma, la caída de Roma. Al final, se propone sustituir el uso (y abuso) de algunos términos: “la crisis” por “las crisis”, el de crisis histórica o sistémica por crisis coyunturales y el de crisis global por cambios graduales que apuntan hacia una transformación progresiva de las estructuras del Imperio romano tardío, al menos en lo que se refiere a la *pars occidentis*.

PALABRAS CLAVE: historiografía, modalidades de crisis, caída de Roma, crisis e Imperio romano tardío.

ABSTRACT

The main objective of this study is to review the historiographical topic of the crisis of the Roman Empire as a system, that which affects only some ages of the Empire (third century or Late Empire) including a regional crisis (East or West). This would require, first, resolving three basic issues: the definition of the concept, the spatio-temporal dimension and the materialization of the crisis. Later, it will be necessary to reread the available sources, reinterpret the testimonies, and also review the modern theories if one wants to give an adequate response to the problem. Even so, the question would not be resolved, because obviously the solution for such a complex problem involves many

other factors. However, the recent historiography has revisited the issue with new perspectives and with new proposals, too, some of which are discussed here: the alternatives to the crisis, the paradigm change, and the fall of Rome. In the end, the study proposes to replace the use (and abuse) of the following terms: “the crisis” for “crises;” historic or systemic crisis for occasional crisis; and global crisis for gradual changes that point toward a progressive transformation of the structures of the late Roman Empire, at least that which refers to the *pars occidentis*.

KEY WORDS: historiography, types of crises, the fall of Rome, crises and the late Roman Empire.

1. Introducción

En nuestro tiempo el estar familiarizados con la idea de crisis no implica tener un conocimiento preciso sobre qué es realmente una crisis, ni siquiera cuando se soportan día a día sus efectos negativos sin saber muy bien el porqué. Diríamos que, aunque resulte difícil explicarla, conocer los verdaderos motivos que la provocan, la crisis se percibe generalmente como una realidad inexorable, que resulta difícil –por no decir imposible– ignorar. No obstante, las crisis de nuestro tiempo¹ son, por fortuna, bastante diferentes de las del pasado y, en particular, de las de época grecorromana², en dos aspectos fundamentales: su duración y su repercusión social. Estos dos parámetros apuntan, en principio, hacia una diferencia esencial entre unas crisis y otras, aunque parece razonable pensar que el mejor conocimiento de aquellas puede ayudarnos a comprender también el comportamiento de estas y, ante todo, a saber cómo salir de ellas en el inmediato futuro³.

Ahora bien, algunas crisis de la Antigüedad romana son más un producto historiográfico que una realidad histórica, propiamente dicha, aunque la idea de crisis ha trascendido a menudo el ámbito historiográfico convirtiéndose, de hecho, en un mero tópico, asumido de forma acrítica generación tras generación. No obstante, la verdadera entidad histórica de algunas de estas crisis ha sido muy discutida. En efecto, la llamada “crisis del siglo III” del Imperio romano ha sido, sin duda, uno de los problemas históricos más debatidos durante el pasado siglo XX, y aún hoy, al hilo de un nuevo debate historiográfico⁴.

Si la presunta crisis del siglo III no resiste las nuevas formas de análisis de la historiografía reciente⁵, algo similar podría decirse, en principio, sobre una supuesta “crisis del Imperio” que habría durado varios siglos (al menos hasta el siglo V) y cuyo inicio se situaría precisamente durante las convulsas décadas del siglo III. Pero históricamente hablando, ¿puede concebirse una crisis así, de una duración de dos e incluso cinco siglos? Es evidente que no. De hecho, el llamado Bajo Imperio Romano (siglos IV-VI) fue un

1 Ver, por ejemplo, el colectivo multidisciplinar A. Davila Legeren (coord.), *La idea de crisis revisitada: variaciones e interferencias*, Zarautz, UPV, 2011.

2 Especialmente *Fondements et crises du pouvoir*, Burdeos, Ausonius, 2003: sobre las crisis en época romana, pp. 271 y ss.

3 Sobre las analogías y diferencias entre “esta” y “aquellas” crisis pueden verse las reflexiones vertidas en la entrevista de M. Agudo a Gonzalo Bravo (día 31 de octubre de 2012) en <http://www.mediterraneoantiguo.com>.

4 Sobre el mismo, G. Bravo, “Para un nuevo debate sobre las crisis del siglo III (en Hispania), al hilo de un estudio reciente”, *Gerión*, 16 (1998), pp. 493 y ss.; y ahora W. Liebeschuetz, “Was there a crisis of the third Century?”, en O. Hekster, G. de Kleijn y D. Slootjes (eds.), *Crises and the Roman Empire*, Leiden y Boston, Brill, 2007, pp. 11 y ss.

5 Ver ahora G. Bravo, “¿Otro mito historiográfico? La crisis del siglo III y sus términos en el nuevo debate”, *Studia Historica. Historia Antigua*, 30 (2012), pp. 115 y ss.

período de indiscutible recuperación en muchos aspectos y sólo ocasionalmente podrían detectarse situaciones de crisis coyunturales (militar, religiosa, política, económica) en algunos momentos.

Es cierto que algunos historiadores se empeñan en negar la evidencia y mantienen de forma acrítica la idea de una “crisis histórica” estructural, a todos los niveles, en términos difícilmente asumibles ya por la nueva historiografía. Es preciso, una vez más, recuperar el discurso histórico de hace unas décadas, no sólo para detectar sus “puntos débiles” – que también–, sino sobre todo para valorar críticamente sus aportaciones más relevantes y, a la luz del nuevo discurso, decidir qué cambia y qué permanece, qué elementos del análisis deben ser rechazados y cuáles deberían ser incorporados. Pero una definición “de algún modo” del concepto de crisis resulta ineludible, si se pretende finalmente probar su aplicabilidad a un contexto histórico determinado.

2. Elementos para una definición de crisis: problemas metodológicos

El primer problema que plantea hablar de “crisis en historia” (en Historia Antigua, también) es proponer una *definición del concepto* que satisfaga a un amplio espectro de la comunidad historiográfica y aun fuera de ella cuando, como es el caso, el término se usa y se “abusa” de forma cotidiana sin reparar en su sentido preciso para los historiadores. En efecto, en términos históricos “la crisis” debe ser adscrita a un espacio y a un tiempo determinados, debe haber unas causas que la originen, deben detectarse sus efectos sociales, políticos o económicos y, ante todo, debe estar documentada en los testimonios de la propia época. La problemática histórica de “una crisis” (antigua) suele centrarse en el análisis de estas cuestiones.

No obstante, en una discusión reciente sobre “las crisis del Imperio” romano se adoptaba como punto de partida una definición aun más genérica, referida exclusivamente a la problemática y no a los hechos concretos: una situación de crisis es aquella en la que “problems are deeper, more complex and many sided”, de tal modo que su incidencia social “could threaten the continuity of the Roman system”⁶.

Aun aceptando que esta definición pueda ser operativa en otros contextos históricos, resulta arriesgado proponer los momentos a partir de los que la “continuidad” del sistema romano se vio seriamente amenazada sin que se propusiera una alternativa institucional para paliar los efectos negativos, esto es, sin que ya el Estado romano luchara por su supervivencia, lo que nos situaría en una auténtica “crisis real”. Dicho de otro modo, a menudo en la historia –y también en la Antigüedad– se identifican como contextos de crisis situaciones que en realidad no lo son, porque sus términos no se corresponden *stricto sensu* con los elementos claves de la definición. E incluso más, los elementos que interactúan en un sentido determinado en un ámbito concreto para generar una situación de crisis, pueden no hacerlo en otro lugar, por lo que la mera constatación de su existencia es criterio necesario pero no suficiente para detectar la crisis. En definitiva, en la historiografía reciente se entiende que la idea de crisis debe aplicarse a una realidad histórica que presente una problemática peculiar: no sólo con problemas diversos y “más profundos” sino también diferentes de los anteriores, en tanto que su solución pareciera imprescindible para el mantenimiento del sistema imperial.

Otro problema no menos importante que plantea la discusión sobre “la” o “las” crisis

6 O. Hekster, G. de Kleijn y D. Slootjes (eds.), *Crisis...*, p. 4.

del Imperio Romano es su *dimensión espacio-temporal*. Si, como ya se ha dicho en diversas ocasiones, es difícil y, en cierto modo, arbitrario, fijar el punto de partida en términos cronológicos, no lo es menos determinar el final del proceso que, en la historiografía moderna, oscila entre el siglo V y el VIII, si no el siglo XV, como pretendía E. Gibbon⁷. La delimitación precisa del período considerado “de crisis” ha resultado ser uno de los elementos claves para su definición, contra la tendencia anterior, que aplicaba la cronología de la crisis de forma un tanto arbitraria y sin la exigible precisión: 1. crisis del siglo III; 2. crisis de mediados del siglo III; 3. crisis de 249 a 270; 4. crisis y recuperación (193-305); 5. respuestas del gobierno romano a la crisis (235-337); 6. crisis del Bajo Imperio (284-476)⁸.

Desde la perspectiva “espacial” las propuestas tampoco resultan concluyentes, sino que se argumenta a menudo una diversidad regional, que haría difícil –si no imposible– generalizar la situación, no ya a todo el Imperio sino incluso a una sola *pars* de él, el Occidente tardorromano. Pero la crítica de la historiografía reciente se ha centrado en los resultados de los “estudios regionales” que, en muchos casos, no corroboran la existencia de una crisis en algunos ámbitos y en determinados períodos. En este sentido, analizar las diferencias entre “periferia” y “centro”, entre los territorios fronterizos y los del interior, entre Italia y el resto de las provincias, entre los reinos bárbaros y el territorio romano, son algunas de las propuestas historiográficas que pretenden “probar” esta acusada diversidad⁹. Y aun más, lógicamente cualquier cambio esencial que se produzca en un “elemento” o parte del todo no puede ser analizado de una forma aislada, dado que afecta de una o otra forma a los otros elementos o partes del sistema¹⁰.

El problema es que, siendo cierta, esta diversidad no es característica de este período sino que es detectable desde los mismos inicios del sistema romano imperial. En efecto, el Imperio se configuró sobre dos principios sólo aparentemente contradictorios: el de la unidad mediterránea y el de la necesaria diversidad provincial. Ante esta realidad, ya a fines del XVIII el mencionado E. Gibbon se preguntaba “cómo había podido durar tanto el

7 Es la conocida teoría sobre la pervivencia del Imperio romano (de Oriente) hasta la toma de Constantinopla por los turcos en 1453, formulada a fines del siglo XVIII por el británico E. Gibbon, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, 1898 (ed. de J. Bury; ahora con reciente traducción española). La monumental obra de Gibbon (6 vols. en la edición italiana: Roma, 1973) se publicó entre 1772 y 1788. No obstante, la obra se divulgó rápidamente y era ya internacionalmente conocida en 1776. Gibbon murió en 1794.

8 Baste recordar algunos títulos de obras bien conocidas por los historiadores dedicados a la época imperial: M. Mazza, *Lotte sociali e restaurazione autoritaria nel terzo secolo d. C.*, Roma y Bari, Laterza, 1973; R. MacMullen, *Roman Government's Response to Crisis, A. D. 235-337*, New Haven, Yale University Press, 1976; St. Williams, *Diocletian and the Roman Recovery*, Londres, Batsford, 1985; M. Christol, *Essai sur les carrières sénatoriales dans la seconde moitié du IIIe siècle ap. J. C.*, París, Nouvelles Éditions latines, 1986; aunque, en otros casos, se ha pretendido superar las dificultades teóricas del tratamiento de la crisis incluyendo el siglo III en un contexto histórico más amplio: desde época republicana hasta Diocleciano (R. MacMullen, *Roman social relations 50 B. C. to A. D. 284*, New Haven, Yale University Press, 1974); desde Cómodo hasta la muerte de Teodosio (D. Potter, *The Roman Empire at Bay, A. D. 180-395*, Londres, Routledge, 2004); y también el análisis de la crisis ha sido evitado de forma incomprensible y sin justificación alguna al respecto: M. Bats, S. Benoist y S. Lefebvre, *L'empire romain au IIIe siècle, de la mort de Commode au Concile de Nicée*, Neuilly-sur-Seine, Atlante, 1997; pero véase un análisis pormenorizado de las diversas *modalités* de la crisis en A. Chastagnol, *L'évolution politique, social et économique du monde romain, de Dioclétien à Julien*, París, Société d'édition d'enseignement supérieur, 1982, especialmente pp. 37-90.

9 Recientemente A. Birley, “Britain during the third century crisis”, en O. Hekster, G. de Kleijn y D. Slootjes (eds.), *Crises...*, pp. 45 y ss.

10 Particularmente la “Introduction”, en O. Hekster, G. de Kleijn y D. Slootjes (eds.), *Crises...*, p. 5.

Imperio”, puesto que “al final cayó por el peso de su propia estructura”¹¹, dada su enorme extensión (más de 6 millones de km²) y los escasos recursos de gobierno y control (no más de 200 altos funcionarios anuales). No obstante, si el sistema se mantuvo fue en gran parte debido a que los “elementos integradores” prevalecieron sobre los “desintegradores”. Entre los primeros se incluyen la *civitas*, la ley, la religión o la lengua y, en definitiva, el llamado “proceso de aculturación” (más conocido como “de romanización”); a los segundos, en cambio, pertenecen las economías regionales, la clasificación social, el *status* provincial o la condición tributaria, pero también las revueltas sociales, las usurpaciones políticas, los abusos de poder, corrupción, etcétera y, en definitiva, el “proceso de descomposición social”, que acabaría minando las bases en que se había asentado el “viejo” sistema imperial.

Finalmente, el tercer problema que plantea el tratamiento histórico de la crisis del Imperio es su *materialización*, si no incluso su *visualización*, a la luz de los testimonios escritos y de cultura material de ese mismo período. Esta doble fuente de información es hoy indispensable, dado que algunos de los principales avances en el esclarecimiento de esta compleja problemática provienen precisamente de los resultados de la arqueología¹². No obstante, las fuentes narrativas siguen siendo claves y, en particular, las historiográficas¹³ para conocer las diversas vertientes del proceso, si bien se observa a menudo un claro “catastrofismo” en las fuentes cristianas y una cierta exageración en las paganas, además de una alta dosis de retórica en todas ellas. Por eso conviene relativizar siempre estos testimonios incluyéndolos en su propio contexto y contrastándolos con otras informaciones –a menudo no coincidentes– sobre los mismos hechos o hechos similares.

De particular interés es, en este sentido, la información documental o iconográfica, proveniente generalmente de las fuentes arqueológicas, que pueden aportar al conocimiento nuevos datos y servir de base a nuevas interpretaciones. Pero las aportaciones arqueológicas ayudan sobre todo a “medir” la dimensión y alcance real de la crisis, en unos casos, o a rechazar su mera existencia, en otros, por lo que hoy resultan imprescindibles para una valoración crítica de los hechos históricos¹⁴.

11 Sobre la personalidad historiográfica de Gibbon véase las reflexiones de J. Pelikan, “The Triumph of Barbarism and Religion”, en *The Excellent Empire. The Fall of Rome and the Triumph of the Church*, Nueva York, Harper & Row, 1987, pp. 29 y ss.; mucho más crítico con las teorías de Gibbon se muestra ahora G. W. Bowersock, “The dissolution of the Roman Empire”, en *Selected Papers on Late Antiquity*, Bari, Edipuglia, 2000, p. 76.

12 Especialmente la revisión del problema bárbarico desde una nueva perspectiva: P. S. Wells, *The Barbarians speak. How the conquered peoples shaped roman Europe*, Princeton, Princeton University Press, 2001; también los argumentos sobre la “caída” de Roma son a menudo arqueológicos: B. Ward-Perkins, *The Fall of Rome and the End of Civilization*, Oxford, Oxford University Press, 2005 (hay traducción española: *La caída de Roma y el fin de la civilización*, Madrid, Espasa Calpe, 2007).

13 Una buena introducción a la personalidad de los historiadores de este período, en D. Rohrbacher, *The Historians of Late Antiquity*, Londres, Routledge, 2002.

14 La relevancia de la arqueología para el análisis de las crisis de época romana se puso de manifiesto claramente y de forma definitiva en el estudio colectivo publicado por A. King y M. Henig (eds.), *The Roman West in Third Century*, Oxford, British Archaeological Reports (BAR 109), 1981, 2 vols., con análisis de R. Reece, “The Third Century: Crisis or change?” (vol. I, pp. 27-38) y S. Keay, “The *Conventus Tarraconensis* in the third century A. D.: crisis or change?” (vol. II, pp. 451-486), entre otros, en los que se cuestionaba abiertamente la idea de crisis para el siglo III, al menos en algunas provincias occidentales del Imperio romano; ver ahora, en el mismo sentido, pero con un planteamiento más globalizador W. Liebeschuetz, “Was there...”, pp. 11-20.

3. Percepciones antiguas e interpretaciones modernas

Mientras que los historiadores actualmente siguen discutiendo sobre si los antiguos tuvieron o no “conciencia de la crisis” que les tocó vivir¹⁵ o sólo una “percepción” ocasional de sus efectos, algunos testimonios de la época apenas dejan dudas al respecto. En efecto, Cipriano de Cartago, en una conocida carta a Demetriano, describía la caótica situación en la que se encontraba el Imperio hacia mediados del siglo III, y lo hacía con unos tintes marcadamente melodramáticos¹⁶. Los mismos llegan incluso a ser escatológicos en otras descripciones posteriores del mismo sesgo, como es el caso de la Crónica de Hidacio de mediados del siglo V¹⁷.

Es cierto que esta documentación bien explícita debe ubicarse en su contexto: ambos autores son cristianos, con una alta dosis de retórica en sus textos respectivos, pero también son exponentes de la realidad vivida por ellos mismos, aludiendo en un caso (Cipriano) a la situación interna de la sociedad romana imperial y, en el otro (Hidacio), a la situación generada por las “invasiones” bárbaras en el Occidente del Imperio. Quizás por ello el siglo III ha sido calificado como *la grande crise de l'Empire*¹⁸, cuyo inicio se pretende remontar incluso a la época de Marco Aurelio¹⁹, en la segunda mitad del siglo II, mientras que la evolución posterior (siglos IV al VI) suele ser considerada sin ambages como “crisis del Imperio”, propiamente dicha.

En cualquier caso, es cierto que ni una ni otra han sido aceptadas sin reservas. En efecto, en la historiografía reciente se han destacado a menudo algunos errores básicos de la interpretación gibboniana. El primero –y principal– es pretender fijar un momento preciso para el inicio y final de la crisis (época de Marco Aurelio en 161-180 y toma de Constantinopla por los turcos en 1453)²⁰. El segundo –y no menos importante– fue considerar al Imperio romano como un sistema único, desde el siglo II al XV, incluso después de la *partitio imperii*

15 Especialmente G. Alföldy, “Historisches Bewusstsein während der Krise des 3. Jahrhunderts”, en *Krisen in der Antike. Bewusstsein und Bewältigung*, Düsseldorf, Pädagogischer Verlag Schwann, 1975, pp. 112 y ss., invocando algunos textos de Cipriano; en contra, sobre todo K. Strobel, “Die Problematik der Schrift *Ad Demetrianum*”, en *Das Imperium Romanum im 3. Jahrhundert: Modell einer historischen Krise?*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1993, pp. 171-184, y G. Bravo, “La otra cara de la crisis: el cambio social”, en *Ciudad y comunidad cívica en Hispania (siglos II y III d. C.)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1994, pp. 153-160.

16 Cipriano, *Cartas*, a Demetriano, III, 4-5: sobre los *mala* del Imperio.

17 En particular los pasajes de Hidacio, *Chronica*, 188-191: saqueos, destrucciones y masacres de los suevos en Lusitania y *Gallaecia*.

18 Así, expresamente, X. Lorient, “Les premières années de la grande crise du IIIe siècle: De l'avènement de Maximin le Thrace (235) à la mort de Gordian III (244)”, en *ANRW*, II, 2, 1975, pp. 659 y ss., y P. Petit, *La crise de l'Empire (161-284)*, París, Seuil, 1974; en general en la historiografía alemana del siglo XX, especialmente G. Alföldy, “The Crisis of the Third Century as seen by Contemporaries”, en *GRBSt*, 15, 1974, pp. 89-111, y sobre todo *Die Krise des römischen Reiches. Geschichte, Geschichtsschreibung und Geschichtsbetrachtung. Ausgewählte Beiträge*, Stuttgart, HABES 5, 1989. Pero esta visión generalizadora como “crisis histórica” fue duramente criticada en los 90 en sendas tesis doctorales por K. Strobel, *Das Imperium Romanum...*, basado casi exclusivamente sobre fuentes narrativas, y Ch. Witschel, *Krise, Rezession, Stagnation? Der Westen der römischen Reiches im 3. Jahrhundert n. Chr.*, Frankfurt, Marthe Clauss, 1999, aportando resultados arqueológicos también. Estas posiciones canalizan hoy la historiografía alemana y han sido ratificadas recientemente por otros historiadores.

19 Como ya lo propuso E. Gibbon, especialmente R. Rémondon, *La crisis del Imperio romano, de Marco Aurelio a Anastasio*, Barcelona, Labor, 1967; también P. Brown, *The World of Late Antiquity, from Marcus Aurelius to Muhammad*, Londres, Thames & Hudson, 1971.

20 G. W. Bowersock, *Selected...*, pp. 76 y ss.

teodosiana del 395, cuando se consumó *de iure* la separación ya existente *de facto* entre Oriente y Occidente²¹.

4. Una reconsideración sobre las fuentes antiguas

Si los romanos vivieron un largo período de crisis (entre los siglos III al VI), sorprende que en las fuentes narrativas paganas apenas se encuentren testimonios sobre la misma. Habría que releer las críticas que historiadores paganos del siglo III, como Dión Cassio y Herodiano, hicieron de algunos gobiernos de emperadores calificados de antisenatoriales²² para encontrar denuncias sobre la deteriorada situación del período. Es más, todavía en relación a los comienzos del siglo V el escritor pagano Zósimo, que escribió a fines de ese siglo, imputa a la política de los primeros emperadores cristianos –especialmente de Constantino y Teodosio– las desgracias sufridas por los romanos²³.

En consecuencia, todo parece indicar que el “mito historiográfico” sobre la crisis se fundamenta en los relatos aportados exclusivamente por la historiografía cristiana. En efecto, el análisis de los textos de la apologética cristiana, desde Tertuliano a Commodiano, pasando por el citado Cipriano, y por Orígenes, entre otros, aporta abundantes referencias a los *mala imperii*, con denuncias propias del temor al “fin del mundo” y, desde luego, no ajenas al pensamiento milenarista del período²⁴. Pero ante las críticas realizadas por los paganos, que hacían responsable al cristianismo de los “males de la época”, todavía a comienzos del siglo V y tras el “saqueo de Roma” por el rey visigodo Alarico I en agosto del 410, el presbítero hispano Paulo Orosio recibió de Agustín, el obispo de Hipona, el encargo de elaborar un dossier de “historia universal”²⁵, en el que se demostrara que la situación de los romanos no era peor “en la Roma cristiana” que en los siglos anteriores de “Roma pagana”. Es cierto que Orosio no fue en absoluto imparcial ni objetivo en su reconstrucción de los hechos, ni en la selección de la información ni en la interpretación de la misma, pero los datos sirvieron como materiales a Agustín para la elaboración de su monumental *De civitate dei*, cuyas ideas impregnarían la mentalidad medieval durante varios siglos²⁶.

Además las fuentes documentales constatan situaciones nuevas en el Imperio, en lo que se refiere a la economía, a la administración y al ejército. En efecto, a lo largo del siglo IV se observa un incremento notable de personal de origen bárbaro en los cuadros del ejército y de la administración imperial²⁷. La transformación del ejército regular de ciudadanos

21 Sobre esta visión de la “ruptura”, G. Bravo, “Ruptura entre Oriente y Occidente: nueva visión sobre la caída del Imperio romano”, *Cuadernos de literatura griega y latina*, IV (2003), pp. 9 y ss.

22 Dión Cassio, *Roman History*, LXXX, 7.

23 Expresamente Zósimo, *Nueva Historia*, sobre Constantino: II, 18 (traición a Licinio), 29 (vileza con Crispo), 32 (vida entregada a la mollicie), 34 (facilitó la penetración de los bárbaros en el Imperio, responsable de la ruina de los asuntos públicos), 38 (derrochador de impuestos); y sobre Teodosio: IV, 50 (inclinado a toda suerte de placeres y a la incuria), 56 (premia a los bárbaros con regalos), 59 (desprecio por los dioses de los romanos).

24 Téngase en cuenta que el año 248 era para los romanos el año 1000 de la fundación de Roma (21 de abril de 753 a. C.): ver M. Bats, S. Benoist y S. Lefebvre, *L'empire...*, pp. 103 y ss. (“Jeux séculaires et Millénaire de Rome”).

25 El estudio de Orosio se inicia con Abraham y concluye en su propio tiempo, con el saqueo de Roma por Alarico en 410.

26 B. Dumézil, *Les racines chrétiennes de l'Europe. Conversion et liberté dans les royaumes barbares, Ve-VIIIe siècle*, París, Fayard, 2005, especialmente pp. 59-73.

27 R. MacMullen, “Fourth-century Barbarians in the Emperors' service”, en *Corruption and the decline of*

romanos en un ejército legionario romano-barbárico supuso un cambio fundamental en el sistema de estrategia romano, en tanto que las fronteras debían ser defendidas por quienes en otro tiempo las atacaban. Los registros de la *Notitia Dignitatum* (de fines del siglo IV o comienzos del V) demuestran que los grupos bárbaros fueron integrados en la estructura militar y administrativa del Imperio desde al menos la época de Constantino.

Por otra parte, en un opúsculo anónimo escrito hacia mediados del siglo IV bajo el título equívoco *De rebus bellicis* (“Sobre las cosas de la guerra”) se critica como “equivocadas” las medidas económicas adoptadas por los emperadores posteriores a Diocleciano²⁸. Sin embargo, el historiador italiano S. Mazzarino interpretó de forma positiva la política económica de Constantino y, en particular, su reforma monetaria que calificó como “rivoluzione costantiniana”²⁹ al difundir por vez primera el uso de la moneda de oro (*solidi*) entre las clases medias de la sociedad romana.

Un capítulo especial de información sobre la situación real de este período proviene de los resultados del registro arqueológico. La arqueología demuestra que desde mediados del siglo V –si no antes– se observan cambios importantes en la arquitectura de las *villae* rurales romanas. No debe ser casual que “el final de las villas” se corresponda cronológicamente con estos años, cuando se abandonan gran parte de estas en Occidente, desapareciendo así una de las formas de hábitat rural características de los últimos siglos del Imperio³⁰.

En el mismo sentido, la iconografía se ha revelado también como un testimonio importante sobre la sociedad del período, especialmente la iconografía musivaria, parietal y monetaria, aparte de la áulica o imperial y la funeraria. En todas ellas se observa la pervivencia de los modelos clásicos, si bien el estilo tardorromano presenta una mayor simplificación y un registro de formas menos numeroso, por lo que los modelos se repiten a menudo.

5. Sobre las interpretaciones modernas

En 1947 el historiador francés A. Piganiol, tras un detenido análisis sobre las causas de la “ruina” del Imperio romano, concluía la primera edición de su *L'empire Chrétien* con una frase lapidaria que ha pasado a la posteridad: “La civilisation romaine n'est pas morte de sa belle mort. Elle a été assassinée”³¹. La formulación se incluía en el *corpus* de las tesis hostilistas, que imputaron la “caída” de Roma a las sucesivas invasiones germánicas³²,

Rome, Nueva York, Yale University Press, 1988, pp. 199-204; para la “barbarización” de la administración, M. Waas, *Germanen im römischen Dienst im 4. Jahrhundert nach Chr.*, Bonn, Rudolf Habelt, 1965, y ahora G. Bravo, “¿Bárbaros romanizados? Nuevas fórmulas de integración del bárbaro en la sociedad bajoimperial”, en G. Bravo y R. González Salinero (eds.), *Formas de integración en el mundo romano*, Madrid, Signifer Libros, 2009, pp. 31-43.

28 Véase ahora la edición de A. Giardina, *Anonimo. Le cose della guerra*, Milán, Mondadori, 1989, pp. XXIX y ss.

29 Constantino es calificado como “el gran revolucionario” por S. Mazzarino, *El fin del mundo antiguo*, México, UTEHA, 1961, p. 166. Sobre “la rivoluzione monetaria ed economica” de Constantino, *Id.*, *L'impero romano*, III, Roma y Bari, Laterza, 1976, pp. 86 y ss.

30 En general A. Chavarría, J. Arce y G. P. Brogiolo (eds.), *Villas tardoantiguas en el Mediterráneo occidental*, Madrid, CSIC, 2006.

31 A. Piganiol, *L'empire Chrétien (325-395)*, París, Presses Universitaires de France, 1972 (2ª ed. por A. Chastagnol), p. 466.

32 Especialmente, algunos años después, L. Musset, *Les invasions: les vagues germaniques*, París, Presses Universitaires de France, 1965, interpretando el fenómeno como migraciones periódicas; también J. Martin, *Spätantike und Völkerwanderung*, Munich, Oldenbourg Verlag, 1989, pp. 196 y ss.

tesis que con leves matizaciones ha prevalecido hasta hoy. Pero a mediados de los 60 del pasado siglo se consolidó una nueva vía interpretativa referida a los denominados “enemigos internos”: desertores del ejército, usurpadores, rebeldes, bandidos, intelectuales³³. A su vez, en la historiografía marxista se enfatizaba la relevancia histórica de las revueltas sociales tardorromanas como signos de una “época de revolución social” en la “transición” del mundo antiguo al medieval³⁴, una crisis social también, que habría impedido al gobierno romano adoptar las medidas necesarias para paliar sus efectos. En este sentido, una de las teorías modernas más sugestivas ha sido la referida a la “crisis financiera” del Imperio, definido en términos antropológicos como una “sociedad compleja”³⁵, constatada a partir de parámetros básicamente negativos: escasez de recursos, mala administración, catástrofes, invasiones, conflictos, gastos de guerra, presión fiscal, etcétera.

En los últimos años la historiografía anglosajona ha reivindicado la interpretación tradicional de la “devastadora” presencia de los bárbaros en las provincias occidentales del Imperio, desde comienzos del siglo V, y se ha rebelado contra la llamada “historiografía suave” (*smooth historiography*) imperante o la “historia sin rupturas”³⁶, empeñada en limpiar la imagen catastrófica de los germanos en el Imperio romano e interpretar el proceso de invasiones violentas en “términos neutrales” tales como la “transición”, el “cambio” o la “transformación”³⁷. En este sentido, la entrada masiva de los germanos en territorio romano a partir del 406 se habría producido “sin invasión” y no habría habido irrupción sino “entrada pactada”, según el testimonio de algunos autores tardíos. En consecuencia, “la historiografía suave” apunta a que el término más apropiado para describir esta situación sería “integración” de los germanos en la sociedad romana, “acomodación” o incluso simple “transformación”³⁸. En definitiva, la presencia bárbara no habría supuesto ruptura alguna según la reciente *unruptured history* sino, al contrario, la continuidad del sistema en Occidente durante varios siglos, hasta la llegada de los árabes³⁹.

33 R. MacMullen, *Enemies of the Roman Order*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1967.

34 Así W. Seyfarth, “Der Begriff ‘Epoche sozialer Revolution’ und die Spätantike”, *Klio*, 49 (1967), pp. 271 y ss.; la propuesta había sido ya rechazada por S. Mazarino, “Si può parlare di rivoluzione sociale alla fine del mondo antico?”, en *Il passaggio dall’Antichità al Medioevo in Occidente*, Spoleto, Centro Italiano di Studi sull’Alto Medioevo, 1962, pp. 410 y ss.; pero véase las matizaciones al respecto de G. Bravo, “La relativa importancia de los conflictos sociales tardorromanos en relación con los diferentes esquemas de transición”, *Klio*, 65 (1983), pp. 383 y ss.

35 J. A. Tainter, *The collapse of Complex Societies*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, especialmente pp. 11 y ss. y 63 y ss.

36 B. Ward-Perkins, *The Fall of Rome...*, pp. 4 y 215, n. 21.

37 Véase ahora, en este sentido, J. Arce, A. Chavarría, E. Destefanis y S. Uggé, “The Transformation of the Roman World”, *Antiquité tardive*, 9 (2001), pp. 373-380.

38 W. Goffart, *Barbarians and Romans. A. D. 418-584. The Techniques of Accommodation*, Princeton, Princeton University Press, 1980, y especialmente *Id.*, “The Theme of ‘the Barbarian Invasions’”, en E. Chrysos y A. Schwarz (eds.), *Das Reich und die Barbaren*, Viena, Böhlau, 1989, pp. 87 y ss., donde se cuestiona abiertamente la idea de “invasión” y se considera a los germanos como directos beneficiarios del sistema romano. Sobre el problema moderno de la “integración”, en general H. Wolfram y H. Schwarz (eds.), *Anerkennung und Integration. Zu den wirtschaftlichen Grundlagen der Völkerwanderungszeit 400-600*, Denkschriften der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, Viena, 1988; P. Heather, *Goths and Romans 332-489*, Oxford, Clarendon Press, 1991; Th. S. Burns, *Barbarians within the gates of Rome. A study of Roman Military Policy and the Barbarians, ca. 375-425 A. D.*, Bloomington, Indiana University Press, 1994, y recientemente J. Arce, *Bárbaros y Romanos en Hispania (400-507 A. D.)*, Madrid, Marcial Pons, 2005.

39 Ver ahora la última obra de la trilogía sobre este período de J. Arce, *Esperando a los árabes. Los visigodos en Hispania (507-711)*, Madrid, Marcial Pons, 2011, p. 20.

No obstante, algunos testimonios de la época no dejan duda de que la violencia existió, que hubo devastaciones frecuentes, abusos de todo tipo (violaciones, robos, requisas, confiscaciones) y suplantación de funciones de grupos provinciales romanos por los nuevos “grupos bárbaros”⁴⁰. El historiador del período no puede obviar estos datos. Pero como se ha señalado recientemente, los hechos están ahí: las invasiones fueron a veces violentas; las consecuencias, desastrosas; hubo destrucciones y saqueos en casi todas las provincias (de Occidente), que quedaron al arbitrio de los sucesivos grupos armados: romanos, bárbaros, *bacaudae*, bretones, etcétera⁴¹. Ante estos “efectos negativos” se pueden oponer otros “positivos” (como la defensa de las ciudades), discutir la fiabilidad de la fuente que los transmite o minimizar su incidencia a niveles regionales o locales, pero la argumentación no puede hacerse prescindiendo de ellos de forma acrítica.

6. Cuestionamiento de la crisis

Aunque ya en los años 80 del siglo pasado se propusieron argumentos que cuestionaban seriamente la existencia de la “crisis del siglo III”⁴² y, en consecuencia, la difundida idea de “decadencia” para la evolución posterior del Imperio⁴³, hasta los años 90 no aparecieron los primeros estudios sistemáticos realizados para responder a esta nueva problemática⁴⁴. La respuesta era clara y contundente, pero dejaba en pie nuevos interrogantes: no hay crisis histórica, generalizada; el modelo de “crisis” no funciona, si se aplica a la realidad histórica del siglo III ni a la posterior (“una sociedad relativamente estable”).

Ahora bien ¿cuál es el modelo alternativo? ¿Qué tipo de cambios: accidentales, coyunturales, estructurales? Y, ante todo, ¿qué papel desempeña la economía en este contexto de elementos esencialmente negativos? ¿Es ni siquiera concebible una crisis histórica, en cualquier época, sin expresión económica? Difícilmente, porque la inestabilidad política y social característica de un contexto de crisis, también en la Antigüedad, es reflejo de la situación económica. En este sentido, el siglo III no podría ser considerado en su totalidad como un período de crisis⁴⁵, porque en su evolución se observan ya algunos

40 Véase ahora sobre todas estas cuestiones la revisión del problema en G. Bravo, “La *hospitalitas* tardorromana: ¿tradición o innovación?”, en G. Bravo y R. González Salinero (eds.), *Ver, viajar y hospedarse en el mundo romano*, Madrid, Signifer Libros, 2012, especialmente pp. 214 y ss.

41 B. Ward-Perkins, *The Fall of Rome...*, p. 35; sobre la inestabilidad social del período, ver ahora la actualización de L. Montecchio, *I Bacaudae. Tensioni sociali tra Tardoantico e alto Medioevo*, Roma, Elabora, 2012 (“Prefazione” de G. Bravo).

42 G. Bravo, “Elementos críticos para la revisión de los supuestos analíticos en que se ha basado la crisis del siglo III”, en *Coyuntura sociopolítica y estructura social de la producción en la época de Diocleciano*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1980, pp. 283 y ss., donde se rechaza ya con argumentos teóricos y datos históricos la tesis marxista de una “crisis esclavista” del siglo III.

43 Así J. Fernández Ubiña, *La crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo*, Madrid, Akal, 1982, p. 101, atribuye a R. Teja el haber sido “el primer historiador español que de manera clara ha negado la ‘crisis y decadencia’ tardorromana”.

44 Especialmente K. Strobel, *Das Imperium Romanum...*, y Ch. Witschel, *Krise...*, y *supra* n. 18.

45 Véase ahora el tratamiento completo del siglo en M. Bats, S. Benoist y S. Lefebvre, *L’empire...*, en el que se ha omitido deliberadamente el tratamiento de la crisis.

momentos de recuperación coyuntural y elementos progresivos –la otra cara de la crisis⁴⁶– que apuntan hacia nuevas alternativas y propuestas de solución⁴⁷.

Frente a los problemas que plantea la aplicación de la tradicional idea de “crisis” a la evolución histórica del Imperio romano, se han propuesto otras alternativas que, como “transformación” o “transición”, permiten comprender –si no explicar– la evolución de la sociedad romana en otros términos. Pero la alternativa historiográfica que sin duda ha tenido mayor fortuna ha sido la de “Antigüedad tardía” o *Spätantike*, reformulada en los años 70 del pasado siglo por la escuela anglosajona como *Late Antiquity* a partir de la obra historiográfica de P. Brown y su propuesta de entender el período 250-800 como configuración de una “nueva y vigorosa cultura”⁴⁸.

En 1996 G. Bowersock publicó un innovador artículo sobre el “cambio de paradigma” en el problema de la “caída de Roma”⁴⁹, que se había mantenido desde la época de Gibbon. Unos años después A. Giardina llamó la atención historiográfica sobre un fenómeno que él denominó como “la esplosione” de la Antigüedad tardía⁵⁰, que definía como superación definitiva de las interpretaciones tradicionales, incluida la marxista. Las nuevas interpretaciones históricas de este período deben incluir los avances en la investigación, referidos a la diversidad regional, las crisis coyunturales y los elementos progresivos surgidos durante el período. El proceso es tan complejo que resulta difícil –por no decir imposible– encontrar una causa única, una *causa causarum* que lo explique en su totalidad. A lo sumo, pueden proponerse causas o factores de mayor o menor relevancia, según los historiadores⁵¹, en los que además no resulta fácil distinguir los “efectos” de las “causas”, propiamente dichas. Pero hasta 1984 no se sistematizaron las nada menos que 210 causas catalogadas acerca de “la caída” y sus correspondientes teorías en la obra del alemán A. Demandt⁵².

El “fin de (la) civilización” es el significativo subtítulo de la reciente obra del historiador británico B. Ward-Perkins, que ve en la irrupción de los bárbaros un hecho de indudable trascendencia histórica, en cuanto que, de hecho, significó “el fin del confort”, el fin de la civilización clásica grecorromana y, sin duda, la irrupción violenta del mundo bárbaro en la historia. A la “romanidad” siguió la “barbarie” y, por tanto, una nueva “época oscura” en la que se perdieron muchos de los valores de la tradición antigua. Aunque resulte sugestiva, esta teoría no es nueva. Pero lo que sí son nuevos –y sorprendentes– son los parámetros

46 Especialmente G. Bravo, “La otra cara de la crisis: el cambio social”, en *Ciudad y comunidad cívica en Hispania (siglos II y III d. C.)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1994, pp. 153 y ss.

47 Sobre las diversas fórmulas ensayadas por el gobierno imperial, R. MacMullen, *Roman Government's Response...*

48 Una sistematización del período en formato enciclopédico, en G. W. Bowersock, P. Brown y O. Grabar (eds.), *Late Antiquity: A Guide to the Postclassical World*, Harvard, Harvard University Press, 1999.

49 G. W. Bowersock, “The vanishing Paradigm of the Fall of Rome”, en *Selected...*, pp. 29 y ss.

50 A. Giardina, “Esplosione di tardoantico”, *Studi Storici*, 40 (1999), pp. 157 y ss.

51 Un cómodo resumen de los diferentes tipos de causas sobre el “decline” del Imperio en G. Bravo, “Introducción”, en *Id.* (coord.), *La caída del Imperio romano y la génesis de Europa*, Madrid, Universidad Complutense, 2001, pp. XV y ss. Para la contextualización historiográfica de las diversas teorías, *Id.*, “La corrupción política como clave del ‘declive’ tardoantiguo”, en G. Bravo y R. González Salinero (eds.), *La corrupción en el mundo romano*, Madrid, Signifer Libros, 2008, pp. 133 y ss.

52 A. Demandt, *Der Fall Roms. Die Auflösung des Römischen Reiches im Urteil der Nachwelt*, Munich, Beck, 1984. La aportación de Demandt ha sido comentada en repetidas ocasiones: G. Alföldy, “Der Fall der Fälle”, en *Die Krise...*, pp. 664 y ss.; G. Bravo, “Introducción”, pp. XIV y ss.; B. Ward-Perkins, *The Fall of Rome...*, p. 32.

utilizados para ilustrar estos cambios: el tamaño de las iglesias⁵³; la altura de la vaca⁵⁴, entre otros. No obstante, la notoria disminución en ambos casos puede explicarse sin recurrir al argumento del “declive” del período: en el primer caso, por cambios de hábito religioso o circunstancias particulares del ámbito computado; en el segundo, por razones zoológicas –y no necesariamente económicas– referidas al cruce con ejemplares de otras razas o a las propias condiciones ambientales.

7. Hacia una nueva visión

En relación a las fuentes documentales y los hechos, en vano se buscará en los textos tardorromanos menciones de la crisis, pero eso no impide –según algunos historiadores– el que los contemporáneos percibieran la situación de crisis e incluso llegaran a tener real “conciencia de la crisis”⁵⁵. No obstante, sólo podrían percibir sus efectos –a menudo a largo plazo– sin entender muy bien el porqué de la misma. Desde esta perspectiva, resulta significativo que los hechos históricos documentados del período apunten hacia un contexto de clara inestabilidad: política (usurpaciones, lucha por el control del poder), militar (guerras), religiosa (persecuciones, represalias), social (pestes, penuria, injusticias), y económica (carestía, pobreza, escasez de mano de obra, inflación). Ante un contexto de factores esencialmente negativos, sólo hay un elemento integrador: la política imperial que, a pesar de todo, sobrevivió a las periódicas amenazas “externas” e “internas”⁵⁶.

Pero si una situación de crisis es ante todo la consecuencia de un “desarrollo supuestamente anómalo” de un elemento o una estructura determinada (política, económica, ideológica, social) amenazada siempre de inestabilidad⁵⁷, la “crisis” de un elemento o parte no implica necesariamente el desencadenamiento de una “crisis sistémica” sino que, por el contrario, a menudo la puesta en práctica de reformas o estrategias va encaminada precisamente a evitarla o, al menos, a evitar sus efectos perversos, y, en última instancia, a lograr la pervivencia del propio sistema. Sin embargo, no siempre fue posible adoptar las medidas pertinentes. En realidad, la desintegración del Imperio romano (de Occidente) no fue debida sólo a un hecho político (la implantación de los reinos bárbaros en territorio romano) sino también a un hecho económico (sustitución progresiva de la economía imperial por las economías provinciales y aun estas por las locales), hechos que no sólo fueron paralelos sino también convergentes en muchos momentos y lugares. Hoy la pregunta ya no es, como en los 80, “¿crisis, qué crisis?” sino más bien “¿crisis o no crisis?”⁵⁸.

No hay “crisis histórica”, puesto que el contexto de crisis no se corresponde con una delimitación espacio-temporal precisa. Por otra parte, una crisis ininterrumpida durante

53 B. Ward-Perkins, *La caída...*, p. 215 (gráfico).

54 B. Ward-Perkins, *La caída...*, p. 210 (gráfico).

55 Principalmente G. Alföldy, “The Crisis...”. Pero también otros asumen la “percepción” de la crisis: A. Cameron, “The perception of crisis”, en *Morfologie sociali e culturali in Europa fra tarda antichità e alto medioevo*, Spoleto, Centro Italiano di Studi sull’Alto Medioevo, 1998, vol. I, pp. 9-31; también véase *supra* n. 18.

56 La denominada “tesis hostilista” de la “caída” de Roma debe contrastarse con los efectos de la progresiva “descomposición interna” del sistema social, proceso al término del cual se sustituyeron muchas de las “bases” en que se había fundamentado el sistema romano imperial.

57 Ahora G. Bravo, “¿Otro mito...”, p. 126.

58 Expresamente W. Eck, “Krise oder Nichtkrise, das ist hier die Frage. Köln und sein Territorium in der 2. Hälfte des 3. Jahrhunderts”, en O. Hekster, G. de Kleijn y D. Slootjes (eds.), *Crises...*, pp. 23 y ss.

varias generaciones —e incluso siglos— es inconcebible en términos propiamente históricos, porque ello significaría que el “sistema” ha logrado resistir durante todo ese tiempo sin alteraciones esenciales, o incluso que “la crisis” no ha llegado a ser sistémica afectando sólo a algún elemento o estructura, pero sin modificar la dinámica social. Además, aunque la crisis pudiera ser “generalizada” en algún momento, no operaría con igual intensidad en unos ámbitos que en otros ni tampoco se manifiesta de forma simultánea, por lo que los indicadores de “intensidad” y “momento” están condicionados por la ostensible diversidad regional.

Dicho de otro modo, una “crisis generalizada” a todo el Imperio, en el caso de que haya existido, no resiste los resultados de los análisis regionales concretos. Como, por otra parte, estos estudios suelen ser de base arqueológica, la historiografía debe incorporar los resultados a su “discurso” y modificar, en consecuencia, la consideración global de la crisis por una percepción regional e incluso por “la no crisis”, en algunos casos concretos. Todo ello obliga a plantear la pregunta: ¿crisis o cambio?

Una situación de crisis prolongada debería haber generado cambios sustanciales en los ámbitos de la economía y la sociedad. Pero el tradicional sistema de la “villa” rural se mantuvo a pesar de la supuesta situación de crisis y, en algunas regiones de Occidente, se incrementó notoriamente durante este período⁵⁹, por lo que allí el número de *villae* suele ser un indicador fiable de prosperidad económica.

Los cambios son quizás más notorios en el sector del comercio. Sin duda, la actividad comercial continuó, pero a escala interregional e incluso local, del mismo modo que, en la actividad industrial, la producción de cerámica (*sigillata* clara tardía) debió competir con la cerámica oscura de fabricación local.

Tampoco existe una ruptura social. A pesar de la inestabilidad característica del período, los patrones de organización social son similares a los de épocas precedentes sin que se observen cambios sustanciales en la distribución social por *status*, riqueza, privilegio o poder. Se ha llegado a afirmar incluso que la sociedad imperial romana (siglos I-V) es un “sistema estable” y sin discontinuidad aparente entre el siglo I y el V⁶⁰, dado que se mantuvieron las estructuras básicas: el Imperio, las élites, las bases económicas, las formas de vida urbana y rural. Hubo, no obstante, cambios progresivos (pero no generalizados ni orgánicos ni simultáneos) que, en algún momento, amenazaron la continuidad del sistema, pero sin que este tuviera que ser sustituido por otro diferente.

Quizás por razones económicas, quizás porque ya no se necesitaba, a partir del siglo III se observa una drástica reducción en las formas de expresión cívica tradicionales. Además, como ocurría en la crisis del siglo III⁶¹, algunos nuevos elementos operan ya como factores de recuperación en un aparente contexto de crisis, tales como la configuración de la nueva estructura social romano-barbárica o la conformación de nuevos grupos de poder de ámbito local o la afirmación de la Iglesia como institución oficial del Estado.

59 Al menos hasta la primera mitad del siglo VI: A. Chavarría, “*Villae* tardoantiguas en el valle del Duero”, en S. Castellanos e I. Martín (eds.), *De Roma a los bárbaros. Poder central y horizontes locales en la cuenca del Duero*, León, Universidad de León, 2008, p. 112.

60 Es la tesis principal de Ch. Witschel, *Krise..., passim*.

61 Ver ahora G. Bravo, “¿Otro mito...”, pp. 129 y ss.

8. Algunas conclusiones y trabajos de futuro

1. *No hay crisis histórica*, propiamente dicha, en ninguna de las diversas acepciones historiográficas utilizadas por las distintas escuelas⁶². Pero no porque se trate de “un concepto moderno” y, por tanto, “no aplicable a la realidad histórica romana”, como se ha aducido en alguna ocasión⁶³, sino porque la realidad de la crisis no se corresponde con una delimitación espacio-temporal concreta.
2. *Hay crisis coyunturales*. Pero diferentes por épocas o ámbitos y sobre todo de desigual incidencia en términos regionales o locales. Estas crisis deberían haber afectado a elementos esenciales del sistema imperial hasta provocar su desaparición, pero no fue así porque el Estado pudo arbitrar reformas periódicas encaminadas a aminorar sus efectos negativos. No obstante, son los historiadores quienes establecen mediante el análisis la mayor o menor relevancia de unos ámbitos u otros: para unos es la economía⁶⁴, la fiscalidad⁶⁵ e incluso la moneda⁶⁶; para otros, en cambio, es el ámbito ideológico y, en particular, el religioso⁶⁷, el que caracteriza de forma indiscutible a este período.
3. *¿Cambio o transformación?* Como alternativas a la crisis, deben ser considerados opciones no enteramente excluyentes. En efecto, las crisis coyunturales generan cambios graduales que, adecuadamente contextualizados, son los indicadores de la transformación progresiva de la estructura tradicional del Imperio romano. Pero más allá de los “momentos” de aparente discontinuidad⁶⁸, prevaleció la esencial continuidad del sistema imperial romano, aunque evidentemente transformado con la incorporación de nuevos elementos, episódicos antes, pero que ahora pugnaban por implantarse en el nuevo escenario romano-barbárico de forma definitiva.

62 Alemana: *allgemeine Krise; Gesamtkrise; organische Krisenbegriffe*. Francesa: “*la grande crise*”; *la crise de l’empire romain; la crise de Bas-empire*. Anglosajona: *general crisis; historical crisis; structural crisis*.

63 Así F. Kolb, “Wirtschaftliche und soziale Konflikte im Römischen Reich des 3. Jhdts. n.. Chr.”, en A. Lippold y N. Himmelmann (eds.), *Bonner Festgabe J. Straub zum 65. Geburtstag*, Bonn, Rheinland-Verlag, 1977, pp. 277 y ss.

64 A pesar de que, como lamenta B. Ward-Perkins, *The Fall of Rome...*, p. 179, muchos jóvenes estudiantes no se interesen hoy por ella.

65 Ahora P. C. Díaz e I. Martín Viso (eds.), *Between Taxation and Rent. Fiscal problems from Late Antiquity to Early Middle Ages*, Bari, Edipuglia, 2011.

66 En general, G. Dépeyrot, *Crisis e inflación entre la Antigüedad y la Edad Media*, Barcelona, Crítica, 1996.

67 Así B. Dumézil, *Les racines...*

68 *Partitio imperii* (395), invasiones bárbaras (406), independencia de la Armórica gala (435), saqueo de Roma (410), asentamiento visigodo en Aquitania (418), resistencia bagáudica en Hispania (449), muerte de Aecio (454).